

PERTENEZCO A UNA GENERACIÓN proclive a las relaciones amorosas breves y me temo que entre los jóvenes la volatilidad de las parejas es mayor aún. El *zapping* erótico es un juego incompatible con la monogamia, pero algunos optimistas creen que pueden abandonarlo en el umbral de la madurez. Muy pronto se desengañan, pues un libertino maniatado generalmente vuelve a su antigua querencia. La insatisfacción crónica y la idea de que el paraíso siempre está en otra cama conspiran en contra de cualquier unión perdurable. Si en tiempos de nuestros abuelos la gente creía en la perpetuidad del matrimonio y se casaba o arrojaba predispuesta a tolerar los defectos del cónyuge, ahora ya tenemos en mente, desde el primer beso, la posibilidad de cambiar de canal si la pasión flaquea o el ego sufre el más leve raspón. En otras épocas, la ruptura era el último recurso de una pareja mal avenida; ahora cualquier disputa acalorada puede provocarla. Somos tan susceptibles que usamos la salida de emergencia no en caso de incendio, sino cuando alguien prende un cerillo.

El utópico afán de alcanzar un perfecto equilibrio de poderes dentro de la pareja tal vez haya creado expectativas igualitarias que ningún ser humano puede satisfacer. La dominación y la sumisión son dos ingredientes fundamentales del juego erótico que no se pueden erradicar por decreto. En las antiguas artes de amar, se consideraba un gesto de nobleza entrar en las lides de Venus con el orgullo vencido. Vasallos de sus idolatrados “dueños” (la metáfora que comparaba a la amada con un omnipotente señor feudal), los trovadores medievales se ufanaban de haberles entregado la voluntad a primera vista. Seguramente las feministas tienen razón cuando afirman que la mujer idealizada en esos cantares en realidad rendía vasallaje al hombre, porque las instituciones del patriarcado la obligaban a tolerarle cuernos y maltratos. Pero sea quien sea el vasallo, alguien tiene que rendirse para sostener en pie un proyecto de vida en común. Me refiero, por supuesto, al vasallaje espontáneo y generoso, recomendado en los boleros, del amante que en el torneo de vencidas se traga el orgullo para ganar perdiendo.

La mala educación sentimental no solo obstaculiza las relaciones de pareja, sino las separaciones de los amantes. A menudo, la gente más propensa a las rupturas precipitadas ni siquiera sabe divorciarse bien. Solo hay algo peor que pactar un divorcio a la ligera: prolongarlo indefinidamente como un herido de guerra que tarda meses en arrancarse una esquirra. En el nuevo mundo amoroso, un mundo individualista y cruel con los débiles, donde todos aspiramos a

ENRIQUE SERNA

Aerolitos

LAS TRAMPAS DEL DIVORCIO

vivir grandes pasiones y a salir de ellas con el orgullo ileso, como si las quemaduras no dejaran cicatrices, ha empezado a proliferar una subespecie de divorciados que no pueden vivir con sus parejas ni romper del todo con ellas. El divorcio inconcluso parece una solución sensata y civilizada cuando los amantes quieren mantener una estrecha amistad a pesar de la separación. Muchos divorciados creen aliviar así el sentimiento de orfandad que todo amante experimenta al separarse de una pareja con la que había logrado un alto grado de comunión afectiva. El divorcio nos mutila de nuestro pasado, cercena un trozo importante de nuestra vida, y por eso es comprensible que algunos quieran detener o suavizar el golpe de la guadaña. Pero ¿qué duele más: dar cristiana sepultura al amor difunto o verlo pudrirse en cámara lenta?

Cuando la separación de los amantes no se consuma, pero su mutua dependencia tampoco los conduce a la reconciliación, restringen la libertad que pretendían darse y, por lo tanto, limitan sus posibilidades de entregarse a una nueva pareja. El empantanamiento psicológico resultante perjudica por igual a los dos divorciados a medias. Cuando damos o pedimos el divorcio, podemos sentirnos intimidados por la fatigosa tarea de volver a intimar con alguien a partir de cero. Pero la opción de sostener con respiración artificial un amor desahuciado, de aferrarse a la ex o al “padre de mis hijos” como quien arrastra un saco de huesos, denota que la víctima del naufragio ya se resignó a ser una especie de zombie sentimental, por falta de coraje para tomar otro barco. ❧

ENRIQUE SERNA (Ciudad de México, 1959) es narrador y ensayista. Su libro más reciente es *La doble vida de Jesús* (Alfaguara, 2014).

93

LETRAS LIBRES
MAYO 2016